

Fatigada, descorazonada, hastiada de todo y de sí misma, no se cuidaba ya del peligro.

Iba al cuarto de Lamí por costumbre, porque la víspera fué también, porque se sentía demasiado abatida para afrontar una disputa, porque el sueño huía de sus párpados y porque la soledad le daba miedo.

Pero tampoco se tomaba ya la pena de alhagar el amor propio del intendente, ó de ocultarle la índole de los sentimientos que éste le inspiraba, ni de calmar sus celos mas vivos cada día.

Oíale en silencio reprocharle que ya no le amaba y que le engañaba con Luciano.

En vano se desgañitaba en gritarle:

«Pero contesta, contesta pues, ¡defiéndete!»

Ella permanecía impasible y muda.

Una vez sola pareció presta á salir de su habitual apatía.

Lamí, en el paroxismo de su cólera, le había dicho:

«Parece que estás cansada de vivir; ¡pues bien! confiesa que no me amas, confiesa que le perteneces, y sin vacilar te levanto la tapa de los sesos, y enseguida, me mato.»

Y habiéndose armado de dos pistolas, apuntó una á Diana, mientras apoyaba el cañon de la otra en su sien.

Ella estuvo á pique de contestar y ya Lamí, como si supiese de antemano lo que le iba á decir, se aprestaba á disparar, cuando ella se contuvo y se negó á hablar, ya porque tuviese miedo á la muerte, ya por creer que aun no había sonado su hora.

Luciano había llegado á la Sauviniere á principios de setiembre, y ya octubre tocaba á su término.

El tiempo, hasta entonces, había sido excelente y nada hacía presagiar el invierno, cuando sobrevino repentinamente un frío intensísimo.

La señora d'Aubier temió la crudeza del clima por su hijo, y habló de regresar á Nantes.

Ni Luciano ni Diana se opusieron á tal proyecto, pero los

dos reconocieron al mismo tiempo la inutilidad de tal viaje y la necesidad de tomar una pronta resolución.

La víspera del día señalado para la partida, dijo Luciano á su madre, despues de cenar, que se subía á su cuarto para ordenar sus papeles y que enseguida pasaria á su habitacion para hablar con ella.

Despues, abandonó el salon, pidió una luz, y fue á sentarse ante su despacho.

Hacia un rato que escribía, cuando abrióse la puerta sin ruido.

Volvió la cabeza y vió entrar á Diana.

Estaba muy pálida, muy conmovida, pero también parecía estar muy resuelta.

Avanzó, sin que Luciano manifestara ni asombro ni desagrado al verla, y le dijo, con firme acento:

—Tengo que hablaros: ¿podeis oirme un momento?

Con un ademan, indicóle Luciano una silla.

—No, dijo ella, estoy bien así.

Hallábase en pié, ante él, apoyada de codos en la mesa y el tronco inclinado adelante.

La lámpara; colocada muy junto á ella, iluminaba sus rasgos siempre encantadores, pero un tanto ajados.

—He querido, continuó, antes de ejecutar cierto plan, ordenado por las circunstancias, haceros algunas preguntas de suma importancia para mí. ¿Os dignaréis contestar á ellas?

—Veamos, dijo él.

—¿Pensais, preguntóle, mirándole cara á cara, y hablando con extrema lentitud, pensais poderme perdonar, un día, el crimen que cometí por amor á vos?

—Nó, contestó él.

—¿Jamás?

—¡Jamás!

Siempre sentado, los codos separados y reposando sobre la mesa, apoyada la barba sobre sus manos cruzadas, contemplábala.

tambien fijamente él y hablaba sin vacilar, con voz clara y concisa.

Ella repuso:

—No me perdonaréis ¡bueno! segun la manera con que acabais de contestarme, veo que no he de abrigar ilusion ninguna. Pero, el sentimiento de repulsion que pareceis experimentar por mi conducta, ¿pensais que podrá el tiempo modificarlo?

—Nó, dijo él; el tiempo no podrá nada.

—¿Estais seguro?

—Segurísimo.

Callaron un rato, sin cambiar de actitud, y luego, ella continuó, con igual lentitud:

—La repulsion que mi crimen os inspira ¿es independiente de los sentimientos que experimentais por mí? En otros términos: á la vez que despreciándome ¿os seria posible amarme?

—Nó.

—Sin mis confesiones ¿me amaríais aun?

—Creo que no.

—¿Creeis haberme amado?

—No puedo contestar á esa pregunta que á veces tambien me he hecho yo mismo; en todo caso, he obrado de buena fe, he creído amaros.

Ella se irguió y se alejó de la mesa, como si nada mas tuviera que decir.

Empero, mudando de consejo repentinamente, volvió vivamente sobre sus pasos, franqueó la distancia que hasta entonces la habia separado de Luciano, y con los ojos echando fuego, la voz vibrante y apasionada:

—Sin sentir amor por mí, exclamó, ¿te es posible todavía desearme? ¿Quieres que, en el desórden de los sentidos, en la embriaguez de la pasion brutal, olvidemos, como antes de tu enfermedad, yo, que tú no me amas, y tú, que me odias? Mirame, aun soy bella, todavía me quedan muchos años para serlo... Te amo con frenesí y soy, como tú sabes, una esperta querida. Pue-

des, en mis brazos, olvidar el pesar que te roe, olvidar mi crimen, olvidar que soy tu mujer, para solo ver en mí una espléndida cortesana! ¡Podemos, si quieres, morir pronto, morir uno y otro al mismo tiempo, estenuados de dicha, saciados de voluptuosidad!

En aquel momento era incomparable; sus ojos, eléctricos en cierto modo, el rostro animado, la nariz dilatada, la boca entreabierta, el seno palpitante.

Contemplóla él largo rato, y dijo:

—Nunca habeis estado tan bella como ahora, os lo juro. No creo que en el mundo exista una mujer que os aventaje en hermosura. ¡Pues bien! tambien os lo juro, no despertais en mí ni el mas mínimo deseo... Lo que proponéis, es, por lo tanto, un imposible... Sí; teneis razon; antes de mi enfermedad tuve un momento de estravío, de locura; en vuestros brazos logré llegar á matar un pensamiento... Actualmente, ya no podria, ni tampoco lo querria... Vuestro crimen me horroriza, y mas tal vez que vuestro crimen, me horroriza vuestro amor!... ¡Todo acabó entre nosotros!

—¡Entonces! dijo ella alejándose bruscamente, ¡ya sé lo que me resta hacer!

—Tambien yo, respondió Luciano, tomando de nuevo la pluma y sin ni siquiera darse la pena de comprender lo que habia querido ella significar.

La infeliz salió á pasos precipitados, sin volver la cabeza, sin cerrar la puerta; bajó corriendo la escalera, atravesó el vestíbulo y descuidando esta vez tomar precauciones para no ser vista, dirigióse hácia la estancia ocupada por Lamí.

Éste la estaba esperando hacia rato.

—¿De dónde venis? le preguntó con dureza ¿por qué tanto tardar?

—¿De dónde vengo? dijo ella ¡del cuarto de mi marido! ¿por qué he tardado tanto? porque me encontraba con él ¡pardiez!

Contemplóla el intendente atónito.

Nunca ella se habia atrevido á hablarle en tales términos :

—Os tenia prohibido, dijo...

No pudo acabar.

—¡Basta! exclamó ella violentamente ¿qué me importan ahora vuestras prohibiciones? ¿por ventura creéis que os temo?

Y, acercándose á él, continuó, sin pararse, sin tomar aliento, delirante, perdida, medio loca.

—Sí, acabo de pasar una hora con mi marido, y si me he separado de él, es porque me ha echado, porque ya no quiere mas de mí... ¡Desdichado! ¿no habias comprendido aun que le amaba, que le adoraba, que nunca habia amado á nadie sino á él en el mundo? ¡ah! ¡has creído que yo te amaba, porque era tu querida! ¡vamos! ¿qué prueba esto? Que te tenia miedo y nada mas... y que tal vez, por un momento, tuve curiosidad de nuevas voluptuosidades. Pero ¡sábelo bien! si me casé con el señor de Sery, fue tan solo para heredar su fortuna y llegar á casarme con Luciano!... ¡Y tú creías agradarme, imbécil! Yo solo pensaba en mi próxima viudez y en mis nuevas nupcias. Tú tomabas mis coqueterías por amor, y no tenian mas que un fin: hacer de tí mi aliado y mi cómplice, alejarte de tu señor, embriagarte, enloquecerte para impedir que vieras lo que pasaba, para evitar que me arrancarás mi presa... Mas tarde, si me prostituí á tí, fue para comprar tu silencio; si á veces me he olvidado en tus brazos, pensaba en *él*, é intentaba calmar el ardor que sin cesar me comunicaba... Ahora, ya no te necesito, no quiero mas de tí, y he venido á decírtelo ¿comprendes, animal?

Detúvose, contemplóle, y tuvo miedo, á pesar de su valor.

Mientras esta escena tenia lugar en el ala izquierda del castillo, Luciano, despues de haber escrito aun algunas líneas y de haber cerrado y lacrado diferentes papeles, salió de su cuarto y se encaminó hácia el de su madre.

Esta ocupaba una de las piezas que la castellana de la Sauviere habia hecho amueblar antaño tan cuidadosamente.

Era una gran cámara cuadrada, alta de techo, con vigas aparentes é iluminada por espaciosas ventanas.

Las paredes desaparecian enteramente detrás de viejas molduras y de antiguas tapicerías.

El lecho, los cofres y la sillería eran de encina, y en la chimenea, en el fondo del hogar, relucia la placa de hierro con las armas de Francia.

Era aquel, por así decirlo, el cuarto mas adecuado para la madre de Luciano.

Al verla en aquella cámara, junto á la chimenea dó ardia un vivo fuego, sentada en uno de esos sillones Luis XIV, de respaldo recto y elevado, con su cabeza blanca, sus rasgos regulares y bellos, sus manos pálidas terminadas por dedos delgados, su vestido de damasco, fondo negro bordado de flores, su gorra de antiguas blondas, hubiérasela creído esposa de un consejero del Parlamento, ó de un presidente.

Luciano entró; contempló á la señora d'Aubier durante un minuto, depositó un santo beso en su frente, sentóse frente á ella, y le dijo:

—Vengo, madre mia, á pedir os vuestros consejos y vuestras órdenes. Dignaos oirme, y sobre todo, revestiros de todo vuestro valor. A otra mujer que á vos, tal vez no deberia hablársele en los términos que voy á hacerlo. Pero vos sois asaz fuerte, vos sois de alma asaz grande, para poder oirlo todo.

—Habla, hijo mio, dijo ella inclinándose hácia adelante y estendiendo sus brazos sobre los del sillón.

Él le refirió los hechos que ya conocemos.

Supo encontrar espresiones castas y reservadas para darle á comprender como, paulatinamente, se habia separado de su mujer, y hasta que punto estaba saciado de su amor.

Habló de María, á la que habia vuelto á ver; de la pureza de

sus relaciones y de la tranquilidad que, cual suave bálsamo, habia renacido por un instante en su alma.

Por último, llegó á la escena en que los celos de Diana habian estallado y en que dejó escapar su terrible secreto.

Despues de haber guardado un rato silencio para dar á la señora d'Aubier espacio de reponerse del golpe terrible que acababa de infligirle, pintó sus torturas á consecuencia de las revelaciones de su mujer, y la resolucion que habia tomado, para evitar el escándalo, de continuar viviendo con ella.

Dijo sus esfuerzos para dominar su acerbo pensamiento; á qué estudios se habia entregado y mas tarde á qué extravíos, seguidos en breve por la enfermedad que puso en peligro sus dias.

Hasta confesó los sufrimientos porque habia acabado de pasar en la Sauviniere: sus terrores, sus remordimientos, y la especie de locura que, por momentos, se apoderaba de él.

Intentó tambien dar á su madre una idea de la última escena que acababa de tener lugar entre su mujer y él, y que se habia terminado con estas amenazadoras palabras de Diana:

«Ya sé lo que me resta hacer.»

Y acabó su larga relacion en estos términos:

—Os lo he contado todo, madre mia; todo, mis dolores y mis faltas. Ruégoos ahora que os digneis trazarme la conducta que debo seguir. Permitidme únicamente que os resuma mi situacion; no puedo, no quiero vivir mas con mi mujer. Su presencia me es odiosa; su vista acabaria por volverme loco. ¿Qué partido debo tomar? ¿Volver á Nantes, y ordenarle que se quede aquí? No me obedecerá, y para vengarse, tal vez ponga en ejecucion sus amenazas. Huir con vos, espatriarnos, esto fuera el deshonor, porque entonces no hay duda de que me creerian culpable de la complicidad de que no dejaria ella de acusarme. Así, pues, por un lado, una existencia que á ningun precio quiero, y por otro, el escándalo y la vergüenza. ¿Qué hacer?

Silenciosa y recojida, habiale ella escuchado, sin interrumpirle ni una sola vez.

De improviso, levantóse, apoyándose en los brazos del sillón, y exclamó:

—Para hablarme así, para concluir en los términos que acabas de hacer, para haberme conducido al callejon sin salida donde te encuentras, y habérmelo clara y esplicitamente mostrado, es preciso que en tu espíritu haya algun proyecto firmemente decidido. Contéstame: lo quiero, te lo suplico; ya lo has dicho; todo lo puedo oír.

—He creído, respondió él, y al hablar su voz era firme, he creído deber tomar una resolucion terrible, pero ordenada por la situacion desesperada en que me encuentro.

—¿Quisieras matarte? preguntó ella.

—Sí, murmuró Luciano.

Ella estremeciósese, y se dejó caer en el sillón; pero no dijo nada.

Entonces Luciano se arrodilló á sus plantas, y ciñéndola con sus brazos, empezó á hablarle tranquila, tiernamente, pero esta vez, con lágrimas en la voz:

—La muerte, dijo, me libraré de un peso que me aplasta. Porque, no te lo he confesado todo. Sabe, además, que no solo sufro por esa mujer, sino tambien por esa casta criatura á quien, loco, desprecié. La amo, la amo actualmente con todas las fuerzas de mi alma y no puedo avenirme á la idea de vivir siempre separado de ella... ¡oh! no creas, no, que este sentimiento haya dictado mi resolucion. Sé soportar el dolor; soy hijo tuyo. El temor á la vergüenza, el respeto á nuestro nombre son los únicos sentimientos que me han decidido... Pero, ya en este momento supremo, déjame abrirte mi corazón.

Habló todavía largo tiempo.

Lloró sobre las rodillas de su madre, como antaño, cuando era muchacho.

Despues, no queriendo prolongar la agonía de la santa mu-

jer, levantóse, tomó la cabeza de la señora d'Aubier entre sus manos, la cubrió de besos y volviendo á ser, de repente, por un supremo esfuerzo de voluntad, el hombre enérgico y fuerte que conocemos, dirigióse grave y recojido, hácia la puerta.

Llegado á ella, y antes de cerrarla tras de sí, fijó sobre su madre una inmensa mirada de amor, y desapareció.

Ella, ella permaneció en su gran sillón, inclinado el cuerpo hácia adelante, tendidos los brazos sobre los del asiento, fija la mirada en los últimos troncos que se estinguían en el hogar.

Hubiérasela creído muerta, tan pálida, silenciosa é inmóvil estaba.

Creía sin duda continuar teniendo á su hijo junto á sí, pareciale oír aun su voz, por cuanto, al cabo de un rato, extendió la mano como si le buscara, y no encontrando mas que el vacío, paseó una mirada en torno suyo.

Entonces, no viéndole, irguióse de repente, asustada, aterrada.

Luciano habia tomado el silencio de su madre por una acquiescencia á sus proyectos, por una especie de aprobacion dada al suicidio que meditaba.

Engañábase no obstante.

El asombro y el dolor habian sido las únicas causas de aquel silencio.

El cerebro de la señora d'Aubier habíase paralizado momentáneamente ante el golpe inesperado que la heria; sus facultades habíanse estinguido accidentalmente, y no habia podido encontrar fuerzas ni para quejarse, ni para protestar.

Mas la vida acababa de reaparecer, el corazón latía de nuevo; actualmente ella recordaba, ella comprendía, ella volvía á ser madre, y arrastrándose desolada por la cámara:

«Nó, nó, gritaba, yo no quiero que mueras, Luciano, Luciano, hijo mio, te lo suplico... te ordeno que vivas...»

Iba á alcanzar la puerta, cuando, en el silencio de la noche, oyóse una detonacion, á que no tardó en seguir otra.

Ella exhaló un grito, y con un rápido gesto llevó sus manos al rostro y cubrióse los ojos, como si quisiera guarecerlos contra un terrible espectáculo, contra una espantosa vision.

El patio del castillo se animaba.

Veían aparecerse luces por todos lados, oíanse voces que se llamaban y se contestaban; los perros, despertados al ruido, ladraban frenéticos; criados, mozos de labranza, palafreneros, todo el mundo estaba en pié.

Ella, la triste madre, no se movía, esperando siempre que viniesen á decirle: «Señora, vuestro hijo ha muerto.»

El rumor de los pasos y el rumor de las voces se aproximaban á ella.

La servidumbre, despues de reconocer el patio y el parque, registraba el interior del castillo; las puertas del vestíbulo se abrian, los criados subían la escalera y recorrían las habitaciones.

De repente, un conjunto de gritos de terror y de espanto hirió los oídos de aquella infortunada.

«¡Ah! murmuró, han descubierto su cadáver!»

Despues, reinó un momento de silencio; hubiérase dicho que todo habia vuelto á su orden natural, que todo habia muerto.

«Se estarán consultando para prevenirme, pensó ella; no saben como comunicarme la horrible nueva!»

Pero el rumor comenzó de nuevo; penetraban en la habitación que precedía á su cámara.

Llamaron á su puerta.

—¡Entrad! dijo ella.

Y, comprendiendo al momento que para salvar el honor de su hijo, era menester alejar de los ánimos toda idea de suicidio é intentar hacer creer en un accidente, tuvo el sublime valor de ponerse sobre sí.

—¿Ha oído la señora? le preguntó su doncella, que acababa de entrar, en tanto que vários criados mas permanecían respetuosos en el umbral de la puerta.

—Sí, he oído, contestó ella. Ya lo veis, puesto que me he levantado. ¿Qué ha sucedido?

—¡Ah! señora, una desgracia espantosa.

—Esplicaos.

—Es que temo trastornar demasiado á la señora...

—¡Acabad!

—¡Ah! los dos están muertos.

—¡Los dos! ¿Quiénes son los dos?

—La señora ha sido muerta de un pistoletazo.

«¡Ah! pensó ella, ante todo se ha vengado.»

—Y luego, continuó la doncella, el señor Lamí se ha saltado la tapa de los sesos.

—¡El señor Lamí! ¿qué oigo?

—Sí, el señor Lamí; ha asesinado á la señora, y enseguida se ha suicidado.

—Y mi hijo! mi hijo! ¿dónde está mi hijo? gritó la pobre madre.

—Ha sido despertado como la señora, y juntos hemos corrido hácia el sitio de donde habian partido las detonaciones. Pero nuestros esfuerzos han sido inútiles; ¡era ya tarde!

La señora d'Aubier ya no la oía; acababa de caer desplomada en el sillón y vertía actualmente un raudal de lágrimas.

En breve, oyéronse los pasos de Luciano.

Viósele aparecer.

La servidumbre se retiró.

Él entonces, estrechó á su madre entre sus brazos, secó sus lágrimas con sus besos y dijo:

—Pasado mañana regresaremos á Nantes y no nos separaremos mas.

FIN.

LA
MUJER DE HIELO.
